

## Historia, mito y ficción. La ruta cervantina de María Teresa León durante su exilio: *Cervantes* (1969) y *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* (1978)<sup>1</sup>

Francisca Vilches-de Frutos<sup>2</sup>

**Resumen.** Al igual que tantos integrantes del exilio republicano de 1939, María Teresa León transitó los caminos de esa ruta cervantina que convirtió a don Quijote, su personaje más representativo, en el símbolo de los valores éticos propugnados por los republicanos, en un modelo de resistencia en el que verse reflejados, y en un instrumento idóneo para defender la legitimidad de sus actuaciones, reivindicar sus raíces españolas, y transmitir a los lectores de los países de acogida la riqueza de un legado cultural del que ella misma se sintió parte. En la línea iniciada en obras como *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador* (1954) y *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960), donde convirtió en protagonistas de estas creaciones a figuras históricas (y literarias) que con el paso del tiempo se transformaron en mitos, en símbolos de los valores que propugnaron, en *Cervantes* (1969) y *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* (1978), sus dos biografías publicadas durante su exilio bonaerense y romano, ofreció los principales datos biográficos del autor y los hechos políticos que mayor influencia tuvieron en su trayectoria vital y literaria, pero también reflexionó sobre el drama personal y colectivo que conlleva el desarraigo del que debe vivir alejado de su patria e intentó ofrecer unas pautas de actuación basadas en una ética política fundamentada en la defensa de la justicia, la libertad, la verdad, la lealtad y la legitimidad y el respeto por la diversidad.

**Palabras clave:** Cervantes, exilio, mito, historia, género.

[en] History, myth and fiction. The Cervantine route of María Teresa León during her exile: *Cervantes* (1969) and *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* (1978)

**Abstract.** As many other Spanish republicans exiled after 1939, María Teresa León walked that Cervantes' route which transformed Don Quixote, his most representative character, into a symbol of ethical values defended by the republican people, as well as a model of resistance which reflected them. In parallel, she considered Don Quixote as the perfect instrument in order to defend the legitimacy of the republican political actions, and in the meantime, claiming for their Spanish roots and exposing the variety of the exiled cultural legacy to the readers of her host country. Following the path of her previous book titles -*Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador* (1954) and *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960-), which turned those historical creatures into literary characters and converted them into myths as time goes by, she also published two more biographies during her Argentinian and Italian exile: *Cervantes* (1960) and *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* (1978). In these last titles she offered the main author's biographical data and the political facts which had most influence on his life and literary work. She also examined the personal and collective drama carried by displacement and lack of roots felt by those people who had to live far from their countries. León also tried to give some moral guides based on an ethical-political perspective, that is to say, the defense of justice, liberty, truth, legitimacy and diversity, among other values.

**Keywords:** Cervantes, exile, myth, history, gender.

**Sumario.** 1. La ruta cervantina: mito, historia y ficción. 2. *Cervantes*: otra "criatura cervantina". 3. *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*: de la historia a la ficción. 4. Conclusiones.

<sup>1</sup> Este ensayo se inscribe en el marco del proyecto de investigación "Escrituras, imágenes y testimonio en las autoras hispánicas contemporáneas. II. Mitos e identidades" (MICINN, PGC2018-097453-B-I00).

<sup>2</sup> Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CCHS-ILLA), España.  
Correo: [francisca.vilches@cchs.csic.es](mailto:francisca.vilches@cchs.csic.es)

**Cómo citar:** Vilches-de Frutos, F. (2022) Historia, mito y ficción. La ruta cervantina de María Teresa León durante su exilio: *Cervantes* (1969) y *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* (1978), en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 51, 75-87.

Al igual que tantos integrantes del exilio republicano de 1939, María Teresa León (1903-1988) reflexionó en sus escritos sobre el drama personal y colectivo que conlleva el desarraigo del emigrante y la añoranza por la patria perdida (Pagni, 2011) e intentó ofrecer unas pautas de actuación basadas en una ética política fundamentada en la defensa de la justicia, la libertad, la verdad, la lealtad, la legitimidad, y el respeto por la diversidad. Para ello convirtió en protagonistas de algunas de sus creaciones a figuras históricas y literarias que con el paso del tiempo se transformaron en mitos, en símbolos de los valores que propugnaron. Si bien la mayor parte de los mitos recreados por los escritores y escritoras del exilio republicano proceden de la tradición literaria greco-latina, también es posible encontrar otros generados a partir de las actuaciones de algunas personalidades históricas que por sus “actuaciones memorables” y su caracterización con algunos de los rasgos que adornaron a los héroes y heroínas de la mitología clásica se han ido transformando en mitos en el imaginario colectivo (García Gual 2001: 12-13).<sup>3</sup>

Obras como *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador* (1954), *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960), *Cervantes* (1969), *Sueño y verdad de Francisco de Goya* (2003) y *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* (1978)<sup>4</sup> ponen de manifiesto el interés de María Teresa León por unir ficción e historia en una sugerente “torsión hacia el pasado” (Zulueta, 1999: 42) para transmitir a las generaciones venideras la legitimidad de las actuaciones y valores del gobierno republicano y la incertidumbre que sintieron ante la dramática contingencia que les tocó vivir (Hartwig, 2022). En el relato de las actuaciones de sus protagonistas y su caracterización se percibe la importancia concedida por la autora a la contribución de los textos literarios y de la tradición oral a la transmisión de la Historia y al cambio social.<sup>5</sup>

## 1. La ruta cervantina: mito, historia y ficción

*Cervantes* (1969) y *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* (1978), dos relatos biográficos sobre el creador de *Don Quijote*, siguen la línea iniciada por María Teresa León en los textos dedicados a las figuras de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, y su esposa Jimena. Cuando *Cervantes* se publica en 1969, pocos países seguían reconociendo la legitimidad del gobierno republicano en el exilio y se habían iniciado ya los retornos a España de algunas significativas personalidades, como Alejandro Casona, considerado junto con García Lorca, una de las dos jóvenes promesas de la Segunda República. ¿Qué mejor mito que don Quijote para explicar el deseo de los exiliados de sobreponerse a una realidad cada vez más alejada de sus expectativas? ¿Cómo no detenerse en la figura histórica de Miguel de Cervantes, cuya vida, como la de su personaje, podía simbolizar su valentía y capacidad de resistencia ante las circunstancias adversas a las que se enfrentaron? La recreación de los acontecimientos que protagonizó, sus reflexiones sobre el devenir y las circunstancias en las que se gestaron algunas de sus creaciones literarias se convierten así en una ruta idónea para defender la legitimidad de sus actuaciones, reivindicar sus raíces españolas y transmitir a los lectores de los países de acogida la riqueza de un legado cultural del que María Teresa León se siente parte (Larraz, 2016). De ahí que, además de dar a conocer las circunstancias políticas y sociales de la época en la que Cervantes vivió, recree en estos dos textos ese tipo de heroísmo que representa la lucha por sobrevivir en condiciones difíciles, dibuje algunos paralelismos con las actuaciones de sus compañeros de éxodo y convierta al escritor y a su personaje más representativo, don Quijote, en el símbolo de los valores éticos defendidos por los republicanos, en un modelo en el que verse reflejados, en “una constante exaltación de la libertad” (Abellán, 2003: 551).

Don Quijote, convertido en mito (Watt 1996), ha sido protagonista y objeto de múltiples reflexiones en las creaciones de algunos de los escritores y escritoras más relevantes del siglo XX, lo que ha permitido comprender mejor la historia, la política y el pensamiento español y americano en sus distintos períodos y, por supuesto, en el

<sup>3</sup> Como ya señaló Kirk en 1974, no existe consenso a la hora de definir el mito, su morfología o su función social.

<sup>4</sup> Sobre las relaciones entre historia, mito y ficción en *Sueño y verdad de Francisco de Goya, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador y Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*, véanse Vilches-de Frutos 2012 y 2022.

<sup>5</sup> Como explica en *Contra viento y marea* (1941): “Yo sé que han sucedido muchas cosas en la acelerada marcha de los acontecimientos; pero ahí quedan las que yo vi y en el momento en que las vi. No creo necesario explicar por qué se escribe la historia. Y es que no somos si no somos historia” (León, 1941: 8).

momento actual. “No existe Historia si el ayer que evocamos no nos dice algo que podamos incardinar en nuestra experiencia de hoy” apuntó José Carlos Mainer, (2006: 11). Sin embargo, reconociéndose que “*Don Quijote* es un libro universal que no pertenece a un país determinado, sino a la humanidad entera” “tiene muchas capas y admite muchas interpretaciones que varían según la época, el lugar y el lector”, como señaló Arturo Barea (2000: 155).

En efecto, la manera de interpretar el texto cervantino por parte de María Teresa León y de los exiliados fue distinta a la propugnada mayoritariamente por la generación precedente.<sup>6</sup> En su ensayo “Cervantes” (1943), Luis Cernuda ponía de relieve una de las diferencias más relevantes entre la manera de entender la figura de don Quijote por parte de la Generación del 98 y de la suya: su condición de héroe, símbolo de una sociedad nueva que lucha por forjar una realidad basada en la justicia y la verdad, frente a la consideración como “encarnación mítica y mística de lo español” reflejada en obras como la *Vida de D. Quijote y Sancho* (1905) y *Del sentimiento trágico de la vida (Don Quijote en la tragicomedia europea contemporánea)* (1912), de Miguel de Unamuno.<sup>7</sup>

No es un vano soñador; el soñador se aparta de la realidad porque le hiere o le aburre. Don Quijote es mucho más: es un héroe, ya que sólo los héroes se lanzan a esa dura tarea de forjar, para provecho y goce nuestro, una realidad que satisfaga los puros y altos deseos de justicia, verdad y amor. [...] El caballero andante, al tropezar con la burla de un ambiente anacrónico y hostil, se convierte en héroe de la sociedad nueva, y los monstruos con que lucha no son ya criaturas mitológicas, sino los males mismos con que oscura y trágicamente luchan los hombres todavía: la fuerza, la violencia, la mentira (Cernuda, 1943: 189-190).

Cernuda, como otros coetáneos, mostraba así una perspectiva ya ofrecida por José Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote* (1914), donde se reivindican los anhelos utópicos del héroe quijotesco<sup>8</sup> y se apunta su poder simbólico (1990: 167), la necesidad de ruptura con una tradición que ha supuesto el aniquilamiento de España (1990: 172), y la conveniencia de arbitrar fórmulas para intentar acercarse a un modelo de España que pudo ser (1990: 172). Es un personaje que para la escritora y diputada Matilde de la Torre, exiliada también, representa la lucha por el progreso cívico y la defensa activa de un ideal, el del republicanismo español:

Don Quijote, arma al brazo en plena Mancha, en plena llanura donde aparentemente no hay nada, es el vigía del progreso cívico aunque para los españoles sea la estampa del fracaso. El error español está en no advertir que allí, donde aparentemente no hay nada, está en realidad todo el secreto de la ciudadanía en devenir; están los elementos imponderables que mantienen vivo el sentimiento de la hegemonía posible, certero el instinto de la defensa, pronta la acción al ataque (De la Torre, 1928: 104).

De ahí que como apuntó Max Aub en su *Prólogo para una edición popular del Quijote* (1960) haya sido percibido como el baluarte de la rebelión contra las injusticias,<sup>9</sup> como un modelo de superación para aquellas personas que, alejadas ya de su tierra tras un largo éxodo, siguen sintiendo que forman parte de ella, como supo entrever Manuel Altolaguirre en su ensayo “Don Miguel de Cervantes” (1946), donde se menciona el poder de transformación y superación de la creación cervantina:

Ahora que estamos fuera de su tierra y lejos de su tiempo, hagamos homenaje cordial a su gran obra. Donde ella esté nosotros sentiremos España. La obra de Cervantes despliega ante mis ojos sus llanuras, ante mi sed desata largas fuentes, esconde en mis oídos sus misteriosas armonías. Ella es lección constante de razones de amor. Por ella nace siempre un afán en nosotros de querer ser mejores (Altolaguirre, 1986: 304).

Como puso de manifiesto María Zambrano en “La ambigüedad de Cervantes”, publicado en 1947 en la revista *Sur*, de Buenos Aires, y en “La ambigüedad de Don Quijote”, recogidos ambos en su volumen *España, sueño y*

6 Sobre la interpretación del quijotismo por los republicanos, véanse los ensayos contenidos en los monográficos coordinados por Manuel Aznar Soler (2005) y Verónica Azcúe (2016) publicados por la revista *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, así como los coordinados por Alted y Llusía 2003 y García Sánchez 2005.

7 “No es exagerado decir que una considerable parte de la obra literaria de esa generación está dedicada a la exégesis del *Quijote*. Parece casi ocioso preguntarse después de ellos por Don Quijote. Ahora bien: ¿es su Don Quijote el mismo que nosotros vemos? O mejor: ¿es su Don Quijote el mismo que vive eternamente en el libro de Cervantes? [...] Para la gente de 1898, en cambio, Don Quijote es un símbolo: encarnación mítica y mística de lo español” (Cernuda, 1943: 177-178).

8 “[...] es un hecho que existen hombres decididos a no contentarse con la realidad. Aspiran los tales a que las cosas lleven un curso distinto: se niegan a repetir los gestos que la costumbre, la tradición, en una palabra, los instintos biológicos les fuerzan a hacer. Estos hombres llamamos héroes. [...] El héroe anticipa el porvenir y a él apela. Sus ademanes tienen una justificación utópica” (Ortega y Gasset, 1990: 226-227 y 239).

9 Al referirse a Alonso Quijano escribe: “así se rebela contra las injusticias del mundo, sale a luchar contra la miseria, las iniquidades, las componendas, los abusos, la arbitrariedad, la mala fe” (Aub, 1960: 106). Véase también Aznar Soler, 1999.

*verdad* (1965), don Quijote constituye “nuestro más claro mito” (1982: 16), y representa la defensa de la justicia y la libertad, algo de lo que se vieron privados en su largo exilio.<sup>10</sup>

Al analizar la impronta de algunas creaciones en la configuración de la identidad colectiva y propia, Manuel Azaña, en su conferencia *La invención del Quijote* (1930), se consideraba él mismo una “criatura cervantina”,<sup>11</sup> un eslabón más de una tradición que contribuye a configurar a través del pensamiento, la creación literaria y la acción política. Sin duda María Teresa León puede ser considerada una “criatura cervantina” más al posibilitar con sus obras publicadas en su exilio bonaerense (1940-1963) y romano (1963-1977) una mejor comprensión de la evolución del pensamiento del republicanismo de 1939, su significación en la ruta cervantina, y su incidencia en el proceso de construcción de la identidad colectiva española.

Aunque ambos textos, *Cervantes* y *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*, compartan protagonistas, acontecimientos y objetivos, su mayor detención en la segunda en determinados acontecimientos personales en detrimento de los políticos y numerosas elipsis que afectan a personajes, hechos y selección de fragmentos de obras históricas y literarias revelan el deseo de María Teresa León de trasladar el foco de atención de la Historia a la ficción literaria sumándose así a una tradición popular que ilumina los rasgos más heroicos de Miguel de Cervantes.

## 2. *Cervantes: otra “criatura cervantina”*

Publicada en Buenos Aires en 1969,<sup>12</sup> *Cervantes*, la primera de las dos obras que María Teresa León dedicó al escritor, se inicia con un breve prólogo de la autora, quien en varios momentos se identifica también como la narradora,<sup>13</sup> seguido de una cronología con los acontecimientos históricos más relevantes del período y los principales hitos de la trayectoria vital y literaria de Cervantes, una relación de sus obras literarias,<sup>14</sup> y el texto mismo. Incluye al final una bibliografía con los ensayos críticos consultados. Dividida en ocho partes, unos epígrafes en negrita actúan como elementos divisorios entre lo que serían los distintos capítulos. Extractados de varios textos cervantinos, anticipan ese interesante juego metaficcional presente en toda la obra, pero también uno de los objetivos de María Teresa León al escribirla, además de incidir en la significación de *Don Quijote*: visibilizar la importancia de otras obras, cuyo proceso creativo es fundamental para conocer el pensamiento del autor.

“Esto que veis aquí...”, una frase tomada del prólogo de sus *Novelas ejemplares* da título al primer capítulo, donde se presenta su autorretrato literario, se menciona como fecha de nacimiento el año 1547 basándose en su acta de bautismo, se ofrecen los escasos datos existentes sobre sus primeros años, se trazan los principales hitos del reinado de Carlos V hasta su muerte,<sup>15</sup> y se llama la atención sobre la revalorización de *Don Quijote* a partir del siglo XIX. Son precisamente unas palabras de esta obra, *Don Quijote*, “Después que los trabajos de un estudiante pobre son estos: primero la pobreza...”, las que resumen los acontecimientos abordados en el segundo capítulo: las dificultades económicas de su familia y sus esfuerzos por acceder a una buena educación, su admisión en la escuela de la Villa de Madrid, dirigida por Juan López de Hoyos, su pasión por el teatro, y la represión ideológica y religiosa durante el reinado de Felipe II, con una incidencia especial en la persecución a los erasmistas. Pero es a partir del capítulo tercero, “He estado en Roma y en La Mancha y en Transilvania y en la Puebla de Montalván”, una de las intervenciones de Roldán, personaje de *Los dos habladores*, cuando

<sup>10</sup> “[...] Don Quijote está poseído, enajenado por la pasión de libertad y aun de liberar. La libertad es su pasión, que se entrecruza con la pasión de la justicia. Justicia que será siempre libertad (Zambrano, 1982: 35-36).

<sup>11</sup> “No es la posteridad –viene a decir agudamente Proust– quien descubre, encumbra o sanciona la virtud de una obra, es la obra misma, según sea de fecunda, quien engendra su propia posteridad. Así nosotros, posteridad del *Quijote*, no somos acreedores del libro por haberlo puesto en el predicamento que lo tenemos, antes le somos deudores de una parte de nuestra vida espiritual, somos criaturas cervantinas, y el poeta podría mirarse en nosotros como el patriarca complacido en su linaje” (Azaña, 1930: 17-18).

<sup>12</sup> Apareció como el segundo fascículo del tomo *Los estados nacionales* de la colección *Los hombres de la historia*, editada por el Centro Editor de América Latina. Una nota que aparece al inicio informa sobre su publicación originariamente por la Compagnia Edizioni Internazionali.

<sup>13</sup> Además de las constantes reflexiones sobre la figura cervantina, trae a colación algunas de sus propias experiencias, como cuando alude al bautismo de Cervantes en la iglesia parroquial de Santa María de Alcalá: “En la actualidad la pila bautismal donde se bautizó Cervantes estará en su sitio. Yo la vi durante la guerra española medio quebrada por los bombardeos, que el arcángel belicoso San Miguel no pudo impedir extendiendo sus alas” (León, 1969: 31).

<sup>14</sup> Son clasificadas por su género y atribución: Teatro, Entremeses, Novelas, Poesía, Obras que le son atribuidas, y Novelas ejemplares (León, 1969: 30).

<sup>15</sup> Su valoración es más positiva que la otorgada a los monarcas posteriores: “No le parece que ha cumplido bien su destino. Carlos V creía en el mercado común de Europa, en el alma común de la Cristiandad y nada ha resuelto. Está concluyéndose uno de los ciclos más apasionados de la Historia” (León, 1969: 32).

comienzan a perfilarse algunos rasgos de la personalidad de Cervantes que María Teresa León desea destacar: su valor y su condición de viajero, que le llevó a conocer grandes ciudades distintas a aquéllas en las que vivió (Valladolid, Madrid y Sevilla), entre las que destacan Roma y Argel, donde estuvo prisionero tras su incorporación como alférez en los tercios españoles, participación en la batalla de Lepanto y captura por piratas berberiscos.

“¡Cuán cara eres de haber, oh dulce España!”, el romance de *Los baños de Argel*, da paso al cuarto capítulo, que relata los padecimientos de Cervantes como cautivo en Argel y su denuncia del abandono sufrido por Felipe II, un monarca al que presenta más preocupado en la guerra de Flandes, las campañas de Ultramar y la construcción del panteón de los reyes en El Escorial, que en el bienestar de sus soldados y súbditos. En la quinta parte, titulada “Los encantadores pueden quitarme mi ventura, pero el entusiasmo y el valor, nunca”, vuelve de nuevo a una cita de *Don Quijote* para profundizar en otros dos rasgos de la personalidad de Cervantes: su voluntad de superar las adversidades a las que se enfrentó, entre las que presta atención a sus problemas económicos y al fracaso de sus relaciones amorosas con la madre de su hija Isabel, Ana Franco, y con su esposa Catalina, una rica hacendada de Esquivias, y su pasión por la creación literaria, donde encuentra refugio y busca el éxito, sobre todo a través del cultivo del teatro, temas recurrentes en esta biografía novelada.<sup>16</sup>

De nuevo recurre a sus *Novelas ejemplares*, “Tuve otras cosas en que ocuparme”, para narrar en el capítulo sexto dos duras experiencias que le llevaron a experimentar una profunda soledad y a buscar evasión a través de la ficción y del sueño: el desarraigo y el rechazo social por su condición de recaudador de Felipe II para financiar una flota a Inglaterra, “que los aduladores cortesanos ya llamaban la Invencible” (León, 1969: 44) y su encarcelamiento en la cárcel de Sevilla, donde conoce a Mateo Alemán, autor del *Guzmán de Alfarache*, “el libro más despreocupado y limpio de la lengua española” (León, 1969: 46), preso también por delitos de deudas. Llama la atención el interés de María Teresa León por mostrar al público americano los intentos de Miguel de Cervantes para trasladarse a América desde Sevilla al escribir un memorial dirigido al rey solicitando puestos en el Nuevo Reino de Granada, Cartagena, Guatemala y La Paz (León, 1969: 45), petición finalmente denegada. Gobernando ya Felipe III y su valido el Duque de Lerma, “Sé que es más versado en desdichas que en versos”, frase pronunciada por el cura cuando revisa los libros de Alonso Quijano en *Don Quijote*, inicia la séptima parte, centrada una vez más en poner de manifiesto las privaciones económicas y desgracias de Cervantes y su familia, y el reprochable trato dispensado por algunos de los representantes de la sociedad del momento, a pesar de que su fama traspasaba ya la fronteras españolas tras el éxito obtenido por las seis ediciones del texto tras su publicación. En su reivindicación de la capacidad creativa e imaginativa de los seres humanos en la vejez, se menciona la aparición durante esta etapa de algunas de sus obras más importantes: la segunda parte de *Don Quijote*, tras la publicación de la versión de Alonso Hernández de Avellaneda, *El Viaje del Parnaso*, y su novela escrita poco antes de morir y publicada póstumamente, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. En el último capítulo, que se abre con una frase alusiva a la esperanza, “Limpiad los ojos húmedos del llanto”, permite a la autora volver a insistir en el reconocimiento de su grandeza tras su muerte y la identificación del pueblo español con don Quijote en detrimento de Sancho.

Como se ha podido apreciar, *Cervantes* se centra en ofrecer los principales datos biográficos del autor y los hechos políticos que mayor influencia tuvieron en su trayectoria vital y literaria. Si bien se percibe una clara intención por atenerse a los más conocidos, con la incorporación de fragmentos de documentos que aluden a los acontecimientos reseñados,<sup>17</sup> no por ello deja de incluir otros datos y anécdotas transmitidos por la tradición, aunque con un cuestionamiento de su verosimilitud a través de distintas fórmulas, como, por ejemplo, al referirse a la fecha de su nacimiento que tuvo lugar “seguramente uno de los primeros días del mes de octubre” (León, 1969: 30), o al aludir a sus posibles encuentros con Lope de Vega, cuando explica: “La verdad es que nosotros sólo conocemos un duelo de versos poco caballerescos” (León, 1969: 48).

Sin duda la obra puede ser enmarcada dentro de esa ruta cervantina reivindicada por los republicanos al considerar la Historia como instrumento para conocer el presente<sup>18</sup> y a *Don Quijote* como símbolo de su

<sup>16</sup> Perugini apunta la predilección por este género en sus otras “biografías noveladas” (2013: 52), de esas figuras marcadas por esa “tragedia íntima del exilio” (García Montero, 2004: 11), mientras Neus Samblancat señala la elección de este género por parte de Clara Campoamor en sus biografías noveladas de “vidas difíciles” como las de Concepción Arenal, Sor Juana Inés de la Cruz y Francisco de Quevedo” (Samblancat, 2005: 173).

<sup>17</sup> Sirva como ejemplo la reproducción de la “licencia para que del reino de Valencia se pudiese llevar a Argel dos mil ducados de mercancías no prohibidas con el que el beneficio de dicha licencia sirviese para el rescate de Miguel de Cervantes en esta fe contenido y así se dio el despacho a las partes fechado en Madrid a diecisiete de enero de 1580” (León, 1969: 38).

<sup>18</sup> María Teresa León considera a Cervantes “el cronista de las tradiciones, burlas, gracias y vida que circulaba por España en su época” (León, 1969: 53).

resistencia en la defensa de la justicia, la libertad, la razón, la verdad, la legitimidad y el respeto por la diversidad,<sup>19</sup> reconociéndose así su influencia en el proceso de construcción de la identidad colectiva española, como se expresa al final del relato, cuando se mencionen las razones por las que se ha detenido en *Don Quijote* para finalizar la semblanza de Miguel de Cervantes:

Nos hemos detenido, como final de la vida de Cervantes y principio de su gloria, en este libro y no en sus novelas pastoriles, entremeses, novelas ejemplares o comedias porque en él ha encontrado Cervantes la manera genial de tratar al hombre. Este hombre en movimiento siempre como ante una pantalla, andando, apareciendo, desapareciendo y alejándose es Cervantes y somos nosotros mismos en sueños y despertares de la vida (León, 1969: 56).

Pero la contribución de María Teresa León a esta ruta cervantina ofrece otra perspectiva más, la necesidad de “conocer la vida misma del que había sido capaz de escribir esta historia” (León, 1969: 31), cuya trayectoria simboliza también la del país que le vio nacer, España, como se manifiesta en el capítulo séptimo cuando alude a la publicación en 1819 de la primera edición oficial por parte de la Real Academia Española:

De pronto se dieron cuenta que la experiencia cervantina de dolor, de angustia, de persecución, de anhelo, de buena fe frustrada, de valentía inútil, de fracaso, de gloria derrotada, era la proyección literaria no sólo de la vida de Cervantes, sino de España misma (León, 1969: 48).

Frente a otros escritores y escritoras coetáneos, cuyo interés se centra sobre todo en las figuras de Alonso Quijano, Sancho y Dulcinea, la atención de María Teresa León se fija en la de su creador, a quien presenta con algunos de los rasgos heroicos compartidos con su personaje y con otros tantos héroes de su tiempo. Si bien se alude a la universalidad de *Don Quijote*, se informa sobre su gestación, y se incluyen fragmentos de la obra, María Teresa León incide en la grandeza del Miguel de Cervantes y le identifica como una de esas “criaturas cervantinas” de las que hablara Manuel Azaña:

Cervantes ha muerto. Todo cuanto se le negó en la vida se lo dará su muerte. Los españoles, aunque no hayan ni visto el *Quijote*, os dirán que lo han leído. Y más nuestro, más hombre de nuestro tiempo se va volviendo cada día. ¿No ha sido estudiante pobre, soldado, cautivo en un campo de exterminio de la esperanza, dejado a un lado por los poderosos, sin fortuna, solitario, hambriento, trabajando en lo que nada le gustaba, metido en pleitos, llamando al amor con pocos resultados, a la justicia con ninguna esperanza, encarcelado, uno más entre los hombres de su pueblo? (León, 1969: 55).

Este *leitmotiv*, la similitud entre muchos rasgos de Cervantes y su deseo de emular al caballero, aparece ya en el resumen de la obra que la escritora burgalesa ofrece a sus lectores: “Todo lector español y hasta sin ser lector solamente de oídas, quiere parecerse al caballero. También Cervantes buscaba parecerse” (León, 1969: s.p.). En su aportación a esa ruta cervantina tan importante en la configuración de la identidad colectiva española la escritora ilumina rasgos del carácter y de las actuaciones de Cervantes propios de aquellos héroes que serían transformados en mitos por las generaciones posteriores: su entusiasmo frente a las oportunidades deparadas por la contingencia<sup>20</sup> y su valentía a la hora de superar las privaciones y dificultades.<sup>21</sup> María Teresa León no duda en recurrir a documentos históricos conservados en el Archivo de Simancas y recogidos por Agustín Cea Bermúdez que demuestran la calidad humana de Cervantes y la buena consideración que tenían de él quienes compartieron su cautiverio frente a las denuncias de fray Blanco de Paz (León, 1969: 39).

<sup>19</sup> Entre los textos publicados en el *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles* (1947) con ocasión de la celebración del IV Centenario de Cervantes (12-12-1947), unos actos que contaron con la presencia del Presidente de la República Española, figura el de Francisco Félix Montiel, titulado “Don Quijote, caballero de la acción”, donde denuncia su utilización por parte del franquismo (“ha falseado la significación, el sentido y la sustancia de la obra cervantina”) y reivindica la condición de símbolo de la resistencia para los republicanos de *Don Quijote*: “La lectura del Quijote nos estimula a tener confianza en ese pueblo que no cede, que no se rinde, y que no se queja [...] Con el esfuerzo de todos pondremos muy en alto nuestra democracia, nuestra República. Viviremos días de grandeza” (Aznar Soler, 2005: 107).

<sup>20</sup> “Pero Cervantes es uno de esos hombres en quienes prende inmediatamente el entusiasmo. Como don Quijote, cree siempre que una nueva aventura le aguarda” (León, 1969: 51).

<sup>21</sup> “Cuentan que Cervantes tenía fiebre, pero cuando comenzó la batalla, a pesar de la opinión de sus compañeros, se lanzó a la pelea” (León, 1969: 36).

Son rasgos compartidos por tantos compañeros y compañeras que iniciaron el éxodo tras finalizar la guerra civil española y que, como él, sufrieron dolor, pérdida de la libertad,<sup>22</sup> privaciones, y alejamiento de su patria. La denuncia de las condiciones del cautiverio en Argel, presente en varias de sus creaciones –*Don Quijote, La española inglesa, El trato de Argel, La gran sultana, El gallardo español, Los baños de Argel*...– lleva a María Teresa León a compararlo con las sufridas en los campos de concentración nazis,<sup>23</sup> donde se experimentaba también esa impotencia ante la pérdida de libertad, el maltrato sistemático y la explotación de los presos como trabajadores,<sup>24</sup> una situación agravada por la nostalgia debida al alejamiento de los seres queridos y de la patria que les vio nacer. “¡Cuán cara eres de haber, oh dulce España!’, cantan los cautivos” se lee en el texto, unas palabras que María Teresa León toma de *Los baños de Argel* y las hace suyas, “donde más la nostalgia de España perdida se deja sentir” (León, 1969: 40).

Así se percibe en el relato del regreso a España de ese Cervantes “curtido y duro” tras su liberación, cuando se incide en la asociación de la recuperación de la libertad perdida con la alegría por la vuelta a la patria, para lo cual parafrasea una cita de la historia del cautivo del capítulo XLI de la primera parte de *Don Quijote*: “Dio un beso a la tierra; ‘besamos el suelo y con lágrimas de alegría y contento dimos todos gracias a Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos había hecho’. Ese bien era la libertad” (León, 1969: 40).

Conviene señalar, sin embargo, que su valoración de la patria perdida, España, es crítica y muestra su compromiso por el cambio social. Queda ya lejos la posibilidad de un retorno colectivo de los exiliados y sus páginas están impregnadas de la amargura de formar parte de una nación que se extendió a través de más territorios y contó con más recursos económicos que ninguna otra nación a lo largo de la historia occidental, pero que por su mala gestión, sus prejuicios religiosos que la hicieron famosa<sup>25</sup> y su desprecio hacia el pueblo llano acabó sumiendo a sus habitantes en la pobreza (León, 1969: 31-32) y la incultura (León 1969: 55). De ahí que frente al texto posterior, *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*, más ficcional y atento en recrear la intrahistoria, María Teresa León se detenga en relatar acontecimientos políticos en los que subyace una censura constante de las actuaciones de la monarquía española, con el relato de episodios que ponen en duda su respeto por los mandamientos religiosos, como la alusión al asesinato del Escobedo, atribuido a Antonio Pérez, la relación amorosa de este último con la Princesa de Éboli, amante también de Felipe II, o las circunstancias que acompañaron a la muerte del hijo del monarca, Carlos.<sup>26</sup>

María Teresa León no duda en mostrar otro rasgo que identifica a los exiliados con Cervantes: una condición de viajeros que les permitió recabar unas experiencias que los llevaron a la apreciación de la riqueza cultural derivada del respeto a la diversidad. En efecto, sus expediciones por España, Italia, Argelia y Portugal posibilitaron el conocimiento de otros territorios distintos de las grandes ciudades españolas donde vivió. “Viajar enseña y vuelve aguda la imaginación” (León, 1969: 35), escribe para llamar la atención sobre las oportunidades que brindan los viajes; unas estancias que proporcionaron a Cervantes un amplio bagaje cultural, lo que llevó a Américo Castro en su libro *El pensamiento de Cervantes* a considerarle “como una de las más espléndidas floraciones del humanismo renacentista (Castro, 1972: 391), a pesar de que “no alcanzó títulos universitarios, como tuvieron muchos de los otros ingenios nacidos para formar juntos la asombrosa suma estelar que las literaturas llaman el Siglo de Oro español” (León, 1969: 32). Son precisamente estos contactos con otras culturas a través de sus viajes los que propician las reflexiones sobre el enriquecimiento que supuso para esa “España de las tres religiones” (León, 1969: 34) la influencia de las otras dos religiones que conformaron su identidad colectiva: la judía, cuestionando el antisemitismo de Cervantes gracias a las investigaciones realizadas por Dominique Aubier en *Don Quijote, profeta de Israel* (León, 1969: 46), y la islámica, que dejó huella en esa tradición morisca que impregna muchas de sus creaciones (León, 1969: 40).

<sup>22</sup> La valoración de María Teresa León de la libertad es de tal cariz que no duda en hacer referencia a la aparición en tiempos de Carlos V de “un manifiesto escrito en francés y alemán, lleva un gorro frigio y dos puñales cruzados y por primera vez se lee en Europa la palabra Libertad” (León, 1969: 32).

<sup>23</sup> “Argel, antes de conocerse en nuestra época los campos nazis, era el campo de concentración más grande conocido en el mundo, pero Hitler le quitó esa gloria. [...] “Modernamente hemos oído hablar mucho de esta angustia de los hombres condenados a sentirse cercados, empujados a trabajar brutalmente, a morir” (León, 1969: 37 y 40).

<sup>24</sup> “Jamás hubo en la tierra tanta luz sobre tanto dolor. Reino de la piratería berberisca, nido de piedra inexpugnable, laberinto de las angustias, millares de seres de distintas nacionalidades lloraban diariamente su libertad perdida. Toda la ciudad vivía ociosa del trabajo de los cautivos. Los recibían con insultos cuando llegaban [...] Hacen el papel de los asnos, giran en las norias, acarrear el agua, levantan muros [...] Si no trabaja lo desorejan o lo empalan o lo apalean. Es la ley del más fuerte” (León, 1969: 37).

<sup>25</sup> En su “fiebre inquisitorial” (León, 1969: 32), se alude al rechazo hacia el protestantismo y a la persecución a los erasmistas: “Los erasmistas serán censurados, tenidos entre ojos y sospechados. Peligrosas estas gentes de España que no admiten la risa, la crítica, la sátira, la censura. Pero Erasmo ha influido en los cultos” (León, 1969: 34).

<sup>26</sup> Recuerda la fama del drama de Schiller sobre este príncipe, quien “será mucho más aplaudido que su padre en la vida teatral de su muerte” (León, 1969: 34).

Otro aspecto que permite sostener la identificación con Cervantes de María Teresa León y muchos de los intelectuales que le acompañaron en el exilio es su interés por incidir en esta biografía en la importancia de la creación literaria en la trayectoria vital de un hombre de acción, cuya supervivencia dependió de otras fuentes económicas, y en su recurrencia a la poética y la ficción como estrategia para hacer frente a la contingencia. Como manifiesta en el último capítulo de *Cervantes*:

Lo maravilloso, lo inalcanzable de las aventuras de los libros de caballería es que eran inverosímiles, como hoy las novelas de ciencia ficción o de aventuras que se apoyan en nuestra buena fe al abrir el libro, en nuestra credulidad, en la necesidad que sentimos de asombro, de sorpresa, transportándonos de lo verosímil a lo fantástico para recreo de nuestra imaginación adormecida (León, 1969: 55).

Esta atención por la literatura se aprecia en la incorporación de fragmentos de otras creaciones literarias distintas a *Don Quijote* para llamar la atención sobre su relevancia para conocer su pensamiento y su significación en la historia de la literatura española. Como él mismo apuntó en su *El Viaje del Parnaso*: “Yo he dado en don Quijote pasatiempo,/ Yo he abierto en mis novelas un camino,/ Yo soy aquel que en la invención excede”, palabras recogidas por María Teresa León en la obra (1969: 51). Hay constantes alusiones a su pasión por el teatro, su deseo de conectar con el gran público,<sup>27</sup> y su vinculación con los círculos literarios de su época,<sup>28</sup> una preocupación semejante a la experimentada por sus compañeros de exodo ante las dificultades encontradas en su incorporación a la sociedad literaria de los países de acogida. “Claro que vio Cervantes y observó teatro” (León, 1969: 33), como manifiesta la narradora desde el inicio de la obra cuando habla de su fascinación por la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, de Fernando de Rojas, las comedias que se representaban en las tablas, y su respeto por las figuras que dominaban la escena de entonces, entre las que destaca a Lope de Vega, “monstruo de la escena”, a pesar del trato que le dispensara (León, 1969: 48). La condición de autora, directora de escena y gestora le lleva a identificarse con la pasión por el teatro de Cervantes (Torres Nebrera 1996; Nieva-de la Paz 2004), incluir fragmentos de sus entremeses y comedias, y dedicar algunas líneas a sus aportaciones técnicas (Canavaggio, 1977; Vilches-de Frutos, 2006), como cuando alude a la representación de sus obras en Madrid:

Miguel de Cervantes vio por aquellos años cumplido su deseo de ver representado su teatro. Subieron a escena *Los tratos de Argel*, *La Numancia* y *La batalla naval*. Se jactaba Cervantes de haber sido él quien introdujera en el teatro las figuras morales y alegóricas. Le gustaba hablar de una comedia, hoy perdida: *La confusa*. [...] Y se alaba de haber reducido a tres las cinco jornadas que clásicamente se escribían (León, 1969: 44).

### 3. Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar: de la historia a la ficción

La segunda de las obras que María Teresa León dedicó a la vida de Cervantes se publicó casi una década después en Madrid, en 1978, coincidiendo con su retorno a España. Aunque su estructura, la perspectiva del narrador, el mayor peso de lo ficcional sobre lo histórico, con recreaciones de la vida cotidiana, una mayor preocupación por las figuras femeninas, y la presencia de ciertas reflexiones sobre el envejecimiento la convierten en una obra distinta a la biografía anterior, como se verá más adelante, comparte, sin embargo, idénticos objetivos: contribuir a esa ruta cervantina que permitió a tantos exiliados seguir unidos a sus raíces españolas desde su exodo y mostrar la universalidad de Cervantes<sup>29</sup> no sólo como creador de *Don Quijote*, una de las obras que más han influido en el proceso de construcción de la identidad colectiva española y universal por su condición especular,<sup>30</sup> sino también como un héroe contemporáneo que hizo frente con valentía y entusiasmo a las difíciles circunstancias que le tocó vivir –guerras, privación de libertad, pobreza, y desarraigo

<sup>27</sup> “Como autor ambicioso y moderno, quería escribir el “best seller” de su tiempo [...] Quiere el gran público” (León, 1969: 55).

<sup>28</sup> “No será cirujano, le fascina la letra escrita, cosa que le hace pronto estudiante pobre, libre y hambriento. [...] se le ve su lucha por estar en la asamblea de los cultos, por entrar a ese lugar donde solamente los doctos hablan” (León, 1969: 32-33).

<sup>29</sup> “La Gloria y la Fama sostendrían desde aquel instante, y ya para siempre, mientras el idioma castellano exista, el nombre de Miguel de Cervantes” (León, 1978: 193).

<sup>30</sup> “El libro sin hiel era un espejo donde todos podían verse reír y hablar, cada cual a su modo y manera, noble o plebeyo. Hablaba el libro sin hiel en la culta manera de los que saben, y los villanos daban a entender en su buena y lisa gramática parda lo que les recorría el alma, sin adornos ni universidades, pero sí con la gracia fresca de los mesones, las calles, las plazuelas y los caminos [...] Don Quijote afirmaba y Sancho negaba pero creía, España entera perdió algo de su empaçado y tieso vivir, identificándose con quijotes y sanchos” (León, 1978: 171).



ante el alejamiento de su patria—, en una clara identificación entre las difíciles condiciones de su existencia y las de los exiliados republicanos de 1939.

En efecto, como en *Cervantes*, se incide en un heroísmo<sup>31</sup> que le lleva a desafiar, incluso, al poder eclesial, como cuando en su oficio de recaudador manda echar abajo las puertas de la parroquia de Santa Cruz, a pesar de que conlleve su excomuniación.<sup>32</sup> “Viajar enseña y vuelve la imaginación más aguda”, se lee también en esta ocasión (León, 1978: 29), un texto que le convierte en un “caminante perpetuo” (León, 1978: 43), en un amante de la libertad y de una patria perdida a la que desea retornar, como propone el propio Cervantes a sus compañeros de cautiverio,<sup>33</sup> a pesar de esa valoración negativa que sobre ella se trasluce:

Bajó Miguel los ojos a su muñón estrapajado, pensó en España, en esa España que pronto estaría ella también en la choza más pobre de la Historia, y lloró como un soldado llora por su capitán al que ya no puede defender. [...] ¿Qué le ha quedado de su vida pasada? ¿Qué de aquellos sonos de la trompeta de la gloria que daban a España, llamando a las generaciones venideras la admiración de un pueblo que sabía mejor morir que vivir? Nada (León, 1978: 60 y 97).

Por eso, cuando en Argel comienza a escribir cartas para solicitar el rescate, incluye el soneto “A las orillas del mar” recogido en *Los baños de Argel*, donde expresa su deseo de no morir allí, sino en España: “No me quiero morir aquí. ¡Oh, España, España! [...] No, no quería morir sin regresar a España” (León, 1978: 52).<sup>34</sup>

No obstante, como se apuntaba con anterioridad, su estructura en diecisiete capítulos y la perspectiva del narrador difieren del anterior título, así como por la mayor presencia de lo ficcional sobre lo histórico, y por una interesante recreación de la vida cotidiana de la época. Si en *Cervantes* María Teresa León opta por un número menor de capítulos (ocho), se identifica como narradora al traer a colación algunas experiencias personales, y opta por atenerse a los hechos históricos con la aportación de documentos y referencias frecuentes al contexto político, en esta segunda biografía los capítulos se amplían, no se aportan esos datos que reivindicaban su condición de narradora, y hay un interesante juego metaficcional frente a la búsqueda de la verosimilitud de lo narrado, con una significativa recreación de su intrahistoria. En la línea de obras anteriores como *Rodrigo Díaz de Vivar* o *Doña Jimena Díaz de Vivar*, historia y ficción de entrelazan en esta biografía novelada plagada de diálogos implícitos a través de los que se busca el contacto con los lectores,<sup>35</sup> se idean posibles encuentros con personajes históricos que pudieron ocurrir y otros con personajes ficcionales de sus textos, y se incide en la importancia de la literatura para trascender el dolor de las existencias, como se reivindica en uno de los posibles encuentros mantenidos entre Cervantes y su esposa Catalina:

Me gustaría que entendieses que hay el mundo de la invención poética, donde se mueven seres creados por la fantasía, y el otro, el de los hombres de carne y hueso a quienes les duelen sobre los hombros las batallas y las mujeres los esperan llorando. [...] –Catalina, hay varios mundos que viven a la par sin encontrarse (León, 1978: 93).

A través de la recreación de la vida cervantina y de sus escritos, se dedican en esta obra más páginas que en la anterior a reflexionar sobre la importancia de recurrir a la creación literaria como una estrategia para hacer frente a la contingencia, trascender una realidad poco agradable,<sup>36</sup> alcanzar la felicidad,<sup>37</sup> y poder modelar las experiencias vividas para transformarlas en una verdad poética capaz de convertirse en refugio para su

<sup>31</sup> “Nadie lo oyó gemir. Su mano cortada limitaba sus posibilidades de moverse en aquella tumba, pero así ejercitaba el heroísmo y la paciencia” (León, 1978: 49).

<sup>32</sup> “Realmente aquel hombre manco no lo era cuando había que hacer cumplir la ley. Miraba, revolvía, escudriñaba, metía la vara de su cargo con el símbolo real por todas partes, y era tan valiente que la gente lo seguía, asombrada” (León, 1978: 124).

<sup>33</sup> “Dirán sus mercedes que soy de los que no escarmientan, pero he de decir que un hombre sin libertad es árbol sin hojas, al que le vela la muerte. Yo no quiero ser árbol seco ni decir adiós a la vida a mis treinta años ni que los ojos se me sequen sin ver a España” (León, 1978: 60).

<sup>34</sup> Sin embargo, esta valoración negativa de su patria no afecta al pueblo llano, con quien se identifica, y del que elogia su fortaleza y tenacidad: “Pueblo como él esquilado hasta de sus sueños, prendido a una tierra adusta, como él, permaneciendo, sin embargo, tenaces, incansables, fuertes, producto de una voluntad de vivir como no había visto otra... Y esa tierra que los hacía nacer se llamaba España” (León, 1978: 90).

<sup>35</sup> “En la ciudad ha ocurrido algo trascendental, de lo que nadie se da cuenta” (León, 1978: 11) comenta sobre el nacimiento de Cervantes el 29 de septiembre de 1547.

<sup>36</sup> Cuando un joven estudiante le pregunta por la identidad de Dulcinea al cruzarse con tres aldeanas, le responde: “Y para qué sirve la imaginación de hombre, si no es para volverla hermosa? En el sueño de Don Quijote no tiene par” (León, 1978: 189).

<sup>37</sup> En sus últimos días en la calle León, de Madrid, se incide en su gusto por la escritura: “No le cuesta nada ponerse a escribir en medio de los olores de la calle y los ruidos conocidos que le entran por el balcón de la reja. Escribir es la alegría de recibir a los amigos de su pensamiento” (León, 1978: 181).

existencia y llegar a los corazones de sus lectores.<sup>38</sup> En un supuesto encuentro con su hija Isabel para enseñarle algunas de las páginas escritas de *La Gitanilla*, Cervantes habla sobre la verosimilitud de sus personajes, inspirados en personas conocidas en sus viajes, como la gitana, la española inglesa, o la ilustra fregona (León, 1978: 180).

Sin olvidar mencionar los hechos históricos más relevantes que sucedieron a lo largo de su vida, así como las actuaciones de los Austrias, con nuevos hechos no abordados en *Cervantes*,<sup>39</sup> se reducen o suprimen algunos acontecimientos, como la persecución contra los erasmistas y las relaciones de Felipe II con su hijo Carlos. Además, hay una mayor presencia de situaciones y personajes ficticios que en la obra anteriormente analizada, muchos de ellos procedentes de sus textos literarios, otros de la tradición, como esa niña que ofrece a un joven Cervantes un pliego de cordel sobre la historia de Lanzarote del Lago y la reina Ginebra, un romance “que aquel muchacho no iba a olvidar nunca” (León, 1978: 21). Si bien aparecen diálogos que Cervantes pudo tener con personajes históricos, son frecuentes los mantenidos con personajes ficticios, procedentes de sus creaciones literarias, así como se imagina la manera en la que pudieron desarrollarse acontecimientos que protagonizó, como sus relaciones con figuras tan significativas como su madre, Leonor Cortinas, su esposa Catalina, o el empresario teatral Tomás Gutiérrez. De ahí que, como ya se ha aludido en el análisis de *Cervantes*, no sorprenda el incremento de fórmulas destinadas a cuestionar la verosimilitud de la información transmitida: “Dicen que cuando empezó la batalla, Miguel, enfermo, leía a Jorge Manrique” (León, 1978: 36), “Dicen que en Mesina le cortaron la mano” (León, 1978: 37); “Encadenado, herido, viviendo en un hueco de la pared, dicen que Miguel de Cervantes escribía. Puede ser. De lo que si estamos seguros es de lo valientemente que sufría. Nadie lo oyó gemir” (León, 1978: 49). Así se muestra claramente en las palabras iniciales del capítulo doce, cuando atribuye a la leyenda la escritura de *Don Quijote*: “Miguel de Cervantes, preso por deudas en la cárcel de Sevilla, iba dejando crecer entre rejas ese monumento de gracia y bondad humanas que se llamaría más tarde *Vida y aventuras del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Así lo quiere la leyenda” (León, 1978: 139).

En ese intento de recrear cómo pudieron desarrollarse los acontecimientos y cómo pudo ser su vida cotidiana no duda en describir las costumbres de la época, como los festejos asociados a la celebración de un bautismo, bodas y carnavales, o prácticas religiosas como la ofrenda a los pies de la Virgen de las cadenas y el gorro escarlata de los cautivos tras su regreso. Sirvan como ejemplo las páginas dedicadas a la ciudad de Madrid, cuyos olores y sonidos recrea: “De la calle del León subía un olor dulce a pan caliente, aliento de la panadería próxima; a la izquierda martilleaba el zapatero y pasaba cantando el aguador por el centro de la calle” (León, 1978: 181).

En un interesante juego metaficcional María Teresa León introduce como personajes que interactúan y dialogan con Cervantes a algunos de los más conocidos de las creaciones cervantinas, incidiendo en su probable inspiración en posibles encuentros que pudo mantener el propio Cervantes en su existencia: una pastora portuguesa en la que se inspira para escribir *La Galatea*; el bajá de la ciudad donde acontece *Los baños de Argel*; Sancho, un aldeano que le invita a seguirle a unas bodas; una niña cuidadora de cerdos llamada Aldonza, y los reclusos en la cárcel de Sevilla, “al Repolido, a la Cariharta, a Ginesillo de Pasamonte, más a la Gananciosa, a Rinconete” (León, 1978: 132), a los que dará protagonismo, sobre todo, en sus *Novelas ejemplares*. Así, cifra la inspiración del origen del protagonista de *Don Quijote* en el recuerdo del único hombre feliz que había conocido, Alonso Quijada, “algo pariente de su mujer”, que se creía “caballero andante”, enamorado a perpetuidad de una señorita del Toboso a quien los malandrines tenían encantada” (León, 1978: 134). Pero también se relaciona el origen de su entremés *Los dos habladores* con sus viajes por Andalucía como recaudador cuando se encuentra con un alcalde que le ofrece doscientos escudos si hace callar a su mujer (León, 1978: 116). Lo mismo ocurre al informar sobre uno de sus viajes a Valladolid, en una de cuyas posadas pudo conocer a la moza Constanza, en quien se inspira para escribir *La ilustre fregona* (León, 1978: 163).

Si en la primera obra de tema cervantino se apunta la significación que tuvo para Cervantes el mundo del teatro, sus autores, intérpretes y textos, en *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* les da un mayor protagonismo. Además de la aparición en este texto de algunos personajes de sus textos teatrales, se mencionan

<sup>38</sup> “Leyendo, leyendo alcanzaron a ver llegar el alba. Sintió que el agradecimiento de los infelices lo rodeaba tiernamente. Algunos hasta le besaron la mano, se encomendaron a él... La mano capaz de escribir las aventuras del ingenioso hidalgo de la Mancha había logrado conmovir los corazones endurecidos, devolviéndolos a la playa mansa de la sonrisa que toda maldad aleja” (León, 1978: 145).

<sup>39</sup> Denuncia, por ejemplo, la corrupción en el funcionamiento de la cárcel de Sevilla: “Porque en la cárcel de Sevilla todo es posible, hasta la paz. Cuando el rey de España estuvo una vez en apuros de dinero, cosa que ocurre mucho a los reyes, cedió el derecho de administrar la cárcel a un duque, y el duque se la cedió a un arrendador y el arrendador ganaba traficando con el hambre de los alojados” (León, 1978: 133).

algunos encuentros de Cervantes, unos documentados, otros probables, como los que mantuvo con el padre de la actriz Elena Osorio, su amigo Tomás Gutiérrez, antiguo gestor de teatro, o Agustín de Rojas, autor de *El viaje entretenido*, quien reflexiona sobre el mundo de los cómicos, “que es lo único de lo que entiendo” (1978: 152). De hecho, cuando se narran sus últimos años en Madrid se incide en cómo su asistencia al teatro le permite sobrellevar su acontecer cotidiano: “Tenía que contentarse con su pequeña felicidad diaria: ir a misa al convento más próximo, a la tertulia o al mentidero y hasta algún corral o teatro donde se llevaban las palmas Lope, Tirso, Vélez de Guevara, Quiñones de Benavente” (León, 1978: 179).

En esta recreación de cómo pudo ser la vida cotidiana de la época cervantina, María Teresa León, como otras escritoras exiliadas, presta en este segundo texto una especial atención a la situación de las mujeres en aquel entonces (Nieva-de la Paz, 2020), visibilizando su presencia,<sup>40</sup> denunciando la escasa consideración que se tenía de ellas,<sup>41</sup> y su falta de educación, que les abocaba, como a las hermanas de Cervantes, Andrea y Magdalena, a un destino donde “se darán a la aguja” (León, 1978: 22) o a un matrimonio no deseado, como el realizado por Catalina Salazar con Cervantes,<sup>42</sup> sentido como un cautiverio con “anillos de oro” (León, 1978: 89).<sup>43</sup> Sin embargo, conviene recordar su configuración de biografía y el narrador no deja de transmitir los términos del discurso cervantino que, con la excepción de su madre, Leonor Cortinas,<sup>44</sup> y de sus hermanas,<sup>45</sup> ofrece una imagen negativa de las mujeres,<sup>46</sup> sobre todo de aquéllas con las que le unieron estrechos lazos: Ana, la cómica, “el amor total de Miguel” (León, 1978: 80), con la que vive días felices antes de que le abandone a él y a su hija Isabel, y Catalina, su mujer, una joven altiva, pagada de sus riquezas, “una muchacha solitaria y tosca, soñadora a su manera, lejana y descontentadiza” (León, 1978: 89), “a quien más bien gustaban los rezos, la murmuración, el mando, como le gustaban a su señora madre” (León, 1978: 91).

Se perciben también en este segundo texto algunas reflexiones que pueden, sin duda, explicarse por el tiempo transcurrido entre la escritura de ambos textos analizados, al menos una década, y sus consecuencias sobre los seres humanos: una mayor incidencia en el sentimiento de amargura ante el contraste entre la realidad y unas expectativas nobles,<sup>47</sup> la incertidumbre ante el futuro,<sup>48</sup> la búsqueda de la serenidad frente a “la soberbia, a la envidia, a la ira” (León, 1978: 191), palabras tomadas de la dedicatoria de *Los trabajos de Persiles y Sigismundo* escritas poco antes de morir, y la aceptación de la finitud de la existencia humana,<sup>49</sup> recordada con esas frases finales de don Quijote, “Como las cosas humanas no sean eternas...[...] Señores, vámonos poco a poco...” (León, 1978: 192-193).

<sup>40</sup> Como se percibe en la descripción del público que acudía al corral de comedias de Madrid donde actúa Elena Osorio: “Era un caserón grande aquí donde se reunían los aficionados y si llovía se colocaban toldos aunque el agua formase reguerrillos sobre las losas. Las más aficionadas eran las mujeres, quienes por llevar basquiñas o polleras enormes necesitaban un acomodador especial para que empujase las telas sobrantes con un palo. Como llegaban los espectadores después del almuerzo, comían las hermosas nueces y avellanas con mucho ruido de dientes” (León, 1978: 69).

<sup>41</sup> Al detallarse el precio de las personas en el cautiverio de Argel escribe: “Una mujer no tenía cotización, valía menos que un burro, aunque trabajase más. Había centenares de ellas, se las podía obtener por una orza de dátiles” (León, 1978: 50-51).

<sup>42</sup> Ante el rechazo de Catalina por encontrarle viejo y manco, se lee: “Lo cierto es que urgía casar a la muchacha con un hombre formal antes de que fuera vieja. ¿Quién iba a pasar por este pueblo?” (León, 1978: 83-84).

<sup>43</sup> Así se percibe en la inclusión de la diatriba del barbero: “-No se case, hombre, que si es fea la va a aborrecer, si rica a sufrir y si pobre a mantener [...] -Oye ¡qué cosa es casar!/-Pues sufrir, trabajar, gruñir y llorar” (León 1978: 111). Y añade más adelante: “Porque las mujeres son como la liga, buenas para pegar y malas para desasir, y nos vuelven melancólicos a los hombres” (León, 1978: 112).

<sup>44</sup> “[...] siempre tan cerca de él, tan buena empujadora del hecho hacia los altos sueños, tan segura del talento de su hijo. Recuerda Miguel, apoyada la mano sobre sus ojos para verla mejor, todas las santidades maternas que con él tuvo, todos los sacrificios que afrontó para librarlo del cautiverio de Argel” (León, 1978: 147).

<sup>45</sup> Destaca entre ellas a Andrea, quien “había sido, como su madre doña Leonor, una mujer fuerte de Castilla, jamás temerosa de los cierzos ni de los calores. Con qué ímpetu había corrido a remediar lo remediable que ocurría en la familia y a consolar lo que ya no tenía remedio” (León, 1978: 179).

<sup>46</sup> Como al recoger con pequeñas variaciones sobre el texto original la diatriba sobre ellas que aparece en *El juez de los divorcios*: “Y qué se me da a mí que seáis casta si andas siempre rostrituerta, enojada, celosa, pensativa, manirrota, pendenciera, gruñidora, con otras excelencias de ese jaez que bastan para consumir la vida a cien maridos” (León, 1978: 163).

<sup>47</sup> Al abordar la manera en la se gestó Don Quijote en la cárcel de Sevilla se lee: “-Qué le hubiese sucedido al caballero si en vez de ir a cazar liebres hubiera salido al mundo de los hombres? ¿Y si hubiera querido que reinase la justicia sobre la injusticia, el amor sobre el odio, la libertad sobre la tiranía? Pues le hubieran apaleado de lo lindo, pues hoy ya nadie parece creer en la gloria de los combates, la generosidad de los hombres, la lealtad de los amigos, la firmeza de los enamorados ni la misericordia de los grandes al hacer justicia a los pequeños” (León, 1978: 134 y 137).

<sup>48</sup> “¿Quién hubiera podido decir entonces a Cervantes que su Quijote iba a ser conocido por hombres de todos los pueblos y razas? Nadie. El futuro es campo ciego para los ojos de los seres humanos” (León, 1978: 170).

<sup>49</sup> “Luchaba Miguel de Cervantes con la muerte, sintiendo la pena de ver a Don Quijote expirando. Jamás le había parecido el caballero de su invención tan buen paladín, tan de acuerdo a su conciencia, tan dentro de la más noble locura española, la de dejarse sin pena ir hacia la mar que es el morir” (León, 1978: 193).

#### 4. Conclusiones

Al igual que tantos integrantes del exilio republicano de 1939, María Teresa León transitó también los caminos de esa ruta cervantina que convirtió a don Quijote, su personaje más representativo, en el símbolo de los valores éticos propugnados por los republicanos, en un modelo de resistencia en el que verse reflejados, y en un instrumento idóneo para defender la legitimidad de sus actuaciones, reivindicar sus raíces españolas, y transmitir a los lectores de los países de acogida la riqueza de un legado cultural del que ella misma se sintió parte. En la línea iniciada en obras como *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador* (1954) y *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960), donde convirtió en protagonistas de estas creaciones a figuras históricas (y literarias) que con el paso del tiempo se transformaron en mitos, en símbolos de los valores que propugnaron, en *Cervantes* (1969) y *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar* (1978), sus dos biografías publicadas durante su exilio bonaerense y romano, no sólo ofreció los principales datos biográficos del autor y los hechos políticos que mayor influencia tuvieron en su trayectoria vital y literaria, sino que reflexionó además sobre el drama personal y colectivo que conlleva el desarraigo del que debe vivir alejado de su patria e intentó ofrecer unas pautas de actuación basadas en una ética política fundamentada en la defensa de la justicia, la libertad, la verdad, la lealtad, la legitimidad, y el respeto por la diversidad.

Frente a otros escritores y escritoras coetáneos, cuyo interés se centra sobre todo en las figuras de Alonso Quijano, Sancho y Dulcinea, la atención de María Teresa León se fija en la de su creador, Miguel de Cervantes, a quien presenta con algunos de los rasgos heroicos compartidos con su personaje y con otros tantos héroes contemporáneos. En su aportación a esa ruta cervantina tan importante en la configuración de la identidad colectiva española la escritora ilumina rasgos del carácter y actuaciones de Cervantes propios de aquellos héroes que serían transformados en mitos por las generaciones posteriores: su entusiasmo frente a las oportunidades deparadas por la contingencia y su valentía a la hora de superar las privaciones y dificultades. Pero María Teresa León no duda en mostrar también otros rasgos que identifican a los exiliados con Cervantes. En primer lugar, su condición de viajeros, que les permitió recabar experiencias que les llevaron a la apreciación de la riqueza cultural derivada del respeto a la diversidad. En segundo lugar, una atención significativa hacia la creación literaria en la trayectoria vital de hombres y mujeres de acción, cuya supervivencia dependió de otras fuentes económicas, pero que recurrieron a la poética y a la ficción como estrategia para hacer frente a la contingencia.

Una estructura diferente, la perspectiva del narrador, y un mayor peso de lo ficcional sobre lo histórico, con recreaciones de la vida cotidiana de aquel entonces, distingue *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*, la segunda de las obras que María Teresa León dedicó a la vida del autor de *Don Quijote*, de la primera, *Cervantes*. Publicada casi una década después en Madrid, en 1978, coincidiendo con su retorno a España, comparte con la anterior su deseo de contribuir a esa ruta cervantina que permitió a tantos exiliados seguir unidos a sus raíces españolas desde su éxodo y mostrar la universalidad de Cervantes, no sólo como creador de *Don Quijote*, sino también como un héroe contemporáneo que hizo frente con valentía y entusiasmo a las difíciles circunstancias que le tocó vivir –guerras, privación de libertad, pobreza, y desarraigo ante el alejamiento de su patria–, en una clara identificación entre las difíciles condiciones de su existencia y las de los exiliados republicanos de 1939.

En el relato de las actuaciones de Miguel de Cervantes y de los protagonistas de sus creaciones se muestra, en definitiva, la importancia concedida por la autora a la contribución de los textos literarios y de la tradición oral a la transmisión de la Historia y al cambio social. Sus biografías sobre el autor de *Don Quijote* permiten comprender mejor la evolución del pensamiento del republicanismo de 1939, su significación en la ruta cervantina, y su incidencia en el proceso de construcción de la identidad colectiva española, convirtiendo a María Teresa León en otra de esas “criaturas cervantinas” sobre las que escribió Manuel Azaña.

#### Referencias bibliográficas

- Abellán, José Luis (2003), “Don Quijote como símbolo del exilio”, en Alicia Alted y Manuel Llusia (eds.). *La cultura del exilio republicano español de 1939*. Madrid: UNED, vol. I, págs. 545-553.
- Altolaguirre, Manuel (1986), “Don Miguel de Cervantes”, en Manuel Altolaguirre. *Obras completas*- Ed. James Valender. Madrid: Bellatrix/Istmo, vol. I, págs. 304-308.
- Aub, Max (1960), “Prólogo para una edición popular del Quijote”, en *Papeles de Son Armadans*, núm. 47, págs. 105-126.
- Azaña, Manuel (1930). *La invención del Quijote*. Madrid: Ateneo. Disponible en: [biblioteca2.uclm.es/biblioteca/ceclm/libros/quijote/5-72.pdf](http://biblioteca2.uclm.es/biblioteca/ceclm/libros/quijote/5-72.pdf)
- Aznar Soler, Manuel (ed.) (1999). *De Max Aub a Cervantes*. Segorbe: Fundación Max Aub.
- , ----- (2005), “Don Quijote y el exilio republicano español de 1939”, *Laberintos*, núm. 5, págs. 93-136.

- BareaA, Arturo (2000). *La loca cordura de Don Quijote*, en Arturo Barea. *Palabras recobradas. Textos inéditos*, Ed. Nigel Townson. Barcelona: Debate, págs.153-156.
- Canavaggio, Jean (1977). *Cervantès, dramaturge: un théâtre à naître*. S.l.: Presses Universitaires de France.
- Castro, Américo (1972). *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona: Noguer.
- Cernuda, Luis (1943), “Cervantes”, *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. XX, núm. 80, págs. 175-185.
- Cervantes, Miguel de (s.a.). *Obras completas*. Ed. Lorenzo Hernáiz. Madrid: Aguilar.
- García Gual, Carlos (2001). *Mitos, viajes, héroes*. Madrid: Suma de Letras.
- García Montero, Luis (2004), “Prólogo. *La historia contada*”, en María Teresa León. *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*. Madrid: Universidad de Alcalá, págs. 9-13.
- García Sánchez, Jesús (ed.) (2005). *La Generación del 27 visita a Don Quijote*. Madrid: Visor.
- Hartwig, Susanne (ed.) (2022). *Contingencia y moral: el extranjero visto a través de la ficción*. Madrid: Iberoamericana.
- Kirk, Geoffrey Stephen (1974). *The nature of greek myths*. London: Pelican Books.
- Larraz, Fernando (2016), “El exilio de 1939, Cervantes y *El Quijote* en los campos editoriales argentino y mexicano”, *Laberintos*, núm. 18, págs. 355-363.
- León, María Teresa (1941). *Contra viento y marea*. Buenos Aires: Aiape.
- , ----- (1954). *Don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*. Buenos Aires: Peuser.
- , ----- (1960). *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*. Buenos Aires: Losada.
- , ----- (1969). *Cervantes*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- , ----- (1978). *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*. Buenos Aires: Altalena (reedición en Madrid: Altalena, 1985).
- , ----- (2003). *Teatro. La libertad en el tejado. Sueño y verdad de Francisco de Goya*. Ed. Manuel Aznar Soler. Sevilla: Renacimiento.
- Mainer, José Carlos (2006). *Moradores de sansueña: lecturas cervantinas de los exiliados españoles de 1939*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Nieva-de la Paz, Pilar (2004), “La memoria del teatro en la narrativa de las escritoras españolas exiliadas”, *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, vol. XXIX, núm. 2, págs. 433-461.
- , ----- (2020), “Autoría femenina, modelos de mujer y perspectivas ético-políticas en el teatro del exilio de 1939”, *Estreno*, vol. LXVI, núm. 1, págs. 1-11.
- Ortega y Gasset, José (1990). *Meditaciones del Quijote*. Ed. Julián Marías. Madrid: Imprenta Clásica Española (1ª ed. 1914).
- Pagni, Andrea (2011). *El exilio republicano español en México y Argentina: historia cultural, instituciones literarias, medios*. Madrid: Iberoamericana.
- Perugini, Carla (2013), “Una biografía novelada de María Teresa León: *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*”, *Hipogrifo*, núm. 1.2., págs. 51-58.
- Samblancat, Neus (2005), “*El soldado que nos enseñó a hablar* de María Teresa León”, *Laberintos*, núm. 5, págs. 173-177.
- Torre, Matilde de la (1928). *Don Quijote, rey de España*. Santander: Editorial Montañesa.
- Torres Nebrera, Gregorio (1996). *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Unamuno, Miguel de (1945). *Vida de D. Quijote y Sancho*. Buenos Aires/México: Espasa-Calpe (1ª ed. 1905).
- , ----- (1951). *Del sentimiento trágico de la vida (Don Quijote en la tragicomedia europea contemporánea)*, en *Ensayos*, vol. II. Madrid: Aguilar, págs. 727-1022 (1ª ed. 1912).
- Vilches-de Frutos, Francisca (2006), “El teatro de Cervantes en la escena española contemporánea: identidad y vanguardia”, *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, vol. XXXI, núm.2, págs. 5-39.
- , ----- (2012), “El exilio a través de los mitos: *Sueño y verdad de Francisco de Goya*, de María Teresa León”, *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, vol. XXXVII, núm. 2, págs. 455-477.
- , ----- (2016), “Identidad, Política e Historia en *Don Quijote, Rey de España y Las Cortes republicanas durante la Guerra Civil*, de Matilde de la Torre”, *Laberintos*, núm. 18, págs. 443-458.
- , ----- (2022), “Estrategias de adaptación de una exiliada: mito e historia en la obra de María Teresa León”, en Susanne Hartwig (ed.). *Contingencia y moral: el extranjero visto a través de la ficción*. Madrid: Iberoamericana.
- Watt, Ian (1996). *Myths of Modern Individualism: Fausto, Don Quixote, Robinson Crusoe*. Cambridge: University Press.
- Zambrano, María (1982), “La ambigüedad de Cervantes”, en *España, sueño y verdad*. Barcelona: Edhasa, págs. 15-32 (1ª ed. 1965).
- Zulueta, Emilia de (1999). *Españoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*. Buenos Aires: Atril.